



GUSTAVO CAPONI

ESPACIOS DE LIBERTAD, DÍAS DE REVUELTA

(pp. 255-259)

TESTIMONIO PUBLICADO EN LOS ANEXOS DE:

ADRIANA HEREÑÚ

CRÓNICA DE UNA PASIÓN COLECTIVA

LOS MILITANTES DE LA FEDE EN EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

FACULTAD DE HUMANIDADES & ARTES UNR (1979-1986)

HOMO SAPIENS EDITORA

www.homosapiens.com.ar
editorial@homosapiens.com.ar

ROSARIO
2024

ISBN 978-987-771-257-5

Espacios de libertad, días de revuelta

GUSTAVO CAPONI

(Integrante de la Franja Morada)

Ingresé a la carrera de Filosofía en abril de 1979 y rendí la última materia en marzo de 1984: cuando la intervención democrática en la Facultad de Humanidades y Artes recién estaba comenzando. Es decir, hice toda mi carrera durante ese ominoso interregno de franquismo reconcentrado que fue la última dictadura argentina y que en la vieja facultad de la calle Entre Ríos se manifestó con los anacrónicos ademanes y rebuznos de un nacional-catolicismo tan petulante como oscurantista. Salvo algunas pocas excepciones, los profesores que me tocaron eran todo lo ignorante e incompetentes que podía esperarse en esas sórdidas penumbras; y también era previsible el clima de persecución ideológica y de control policial que allí se insinuaba sin demasiada discreción. Recuerdo, incluso, que perdí la que hubiese sido mi primera clase de 1979 porque a uno de esos policías que nos retenían el DNI en la puerta de la facultad se le dio por no dejarme entrar. Creo que la parecí “raro”, quizá por mis botas texanas. Como sea, eso fue una buena muestra de lo que me esperaba ahí dentro, aunque sólo fue, debo decirlo, una muestra parcial. Pese a todo, también me esperaban cosas muy buenas, y que aún atesoro como parte de lo mejor que me deparó la vida.

La libertad y la felicidad la tenemos que construir con los que nos toca y en las circunstancias que nos son dadas. A veces, es verdad, las situaciones son demasiado adversas como para que eso sea viable. Lo que nos toca puede ser demasiado poco, o demasiado hostil, como para con eso amasar alguna forma de felicidad y de libertad. Pero, en todo caso, eso no fue lo que ocurrió conmigo durante esos cinco años que pasé como estudiante de humanidades. Me fueron concedidas cosas que me permitieron ir superando las limitaciones que el miserable contexto tendía a imponer, y puedo decir que también fui feliz, como no lo fui muchas otras veces en mi vida. Las excelentes clases de Rubén Vasconi -no las quiero dejar de mencionar-, y alguna que otra de un par de profesores más, sumadas a los espacios de formación que supe encontrar fuera de la facultad, pero siempre gracias a la gente con la que

ahí me fui vinculando, me permitieron, *malgré tout*, completar una formación razonablemente sólida y amplia que fue una base muy buena para todo lo que hice después.

Además, tanto en la facultad como en sus adyacencias -Savoy y Saudades-, trabé amistades con las que fui delineando los contornos de ciertos espacios de libertad en los que, para decirlo de algún modo, se podía vivir en plena desobediencia a los mandamientos del Movimiento Familiar Cristiano, y en los cuales los valores y virtudes a ser considerados eran muy diferentes de todo lo que importaba en el clima cultural opresivo que la dictadura había conseguido imponer. A toda esas amigas y amigos les debo mucho de lo que pude hacer de mí. Sin que ahí hubiese ninguna paradoja, en esa misma facultad en donde, gracias a la dictadura, pululaban las figuras más retrógradas y los discursos más reaccionarios que se pudiese imaginar, también se congregaba lo poco o mucho que, en Rosario y en el resto de la pampa gringa, podía todavía encontrarse de juventud contestaria. En algún sentido, éramos como vestigios de un mundo perdido: los sobrevivientes del naufragio de un barco en el que apenas habíamos navegado. Y, sin planearlo, nos fuimos juntando en redes y tribus dentro de las cuales vivir, pensar y sentir en disidencia con lo impuesto.

Pero, aunque de algún modo todos percibíamos que las libertades que nos dábamos eran una forma de resistencia y de contestación a la dictadura, no por eso ignorábamos que esa oposición era muy parcial e indirecta. Sabíamos que todo eso que rechazábamos, adentro y fuera de la facultad, era producto de un orden político tan visible como cruel. La mayoría de nosotros, sin embargo, no encontraba hendiduras por entre las cuales empezar a articular una resistencia política clara y directa: algo que fuese más allá de un modo de ser y de una restricta subcultura contestaria. La cosa, entretanto, comenzó a cambiar ya en 1981, cuando Eduardo Viola asumió la presidencia. A partir de ahí, aunque siempre en ámbitos muy limitados, y de manera tan esporádica como fragmentaria, comenzaron a darse tímidos y cautelosos actos de resistencia que, en su mayor parte, tenían que ver con los Derechos Humanos o con la reactivación de la vida cultural dentro de la ciudad; y hacia fin del año, en inicios de noviembre, las grandes marchas que la CGT organizó para el día

de San Cayetano parecieron decir que ya era la hora de empezar “a salir”. Aunque fuese con mucha prudencia.

Una anécdota que, me parece, ilustra esa época de primeros atrevimientos es la de una compra de literatura marxista que hice por intermedio de Stella Kuchen, compañera de la facultad y militante de la *FEDE*, que hacía un tiempo ya venía moviéndose intentando articular la formación de un cuerpo de delegados. Fue en una conversación sobre ese asunto que le pregunté por la posibilidad de comprar algunos de esos libros -de Marx, Engels, Lenin *et al.*- que, según se decía, eran clandestinamente vendidos por el PC. Me dijo que sí, y nos citamos en un bar bastante alejado de la facultad en donde ella, con toda la discreción que lo clandestino siempre impone, me presentó una larga lista de títulos entre los cuales yo podía elegir. El encargo, que no fue chico, sería subrepticamente llevado a mi casa a los pocos días, y ahí debería pagarlos. Cosa que efectivamente ocurrió al final de una mañana de diciembre, cuando el presidente ya era Galtieri. Alguien, previa llamada de Stella, llegó a casa trayendo los libros en una bolsa de arpillera, y mientras yo verificaba el contenido, mi mamá firmó un cheque del Banco de Boston para pagar el pedido. Lo hizo sin chistar, porque en casa, felizmente, no había límites para la compra de libros, pero después, sinceramente preocupada, me preguntó: «¿Y qué le vamos a decir a la policía cuando venga y vea todo esto?» [sic]. No dijo «si la policía viene», dio por supuesto que vendría. Así eran esos últimos días de 1981 en los que empezábamos “a salir”.

Pero la policía no vino casa, y durante el verano de 1982 leí mucho del material adquirido. Una noche, en el Savoy, José Altuve me dijo, casi me reprochó, que yo era el único que podía leer el *Anti-Dühring* en el calor del enero rosarino. Lo cierto, entretanto, es que yo no era el único: gran parte de esas lecturas las hice junto con Sandra Cucurullo, más tarde Sandra Caponi, en la mesa del living de la casa de su nona. De algún modo ese verano preanunciaba cosas. Lo que nadie se imaginó es que fuese una guerra con la OTAN; y fue como consecuencia de la previsible derrota en esa guerra absurda que la dictadura, ya un poco agrietada, empezó a desmoronarse. Progresivamente, el clima de desobediencia comenzó a cundir por todas partes, pero más en unos ámbitos que en otros. Y la facultad de la calle Entre Ríos fue uno de los

lugares en los que ese clima se vivió más intensamente. Fuimos vanguardia en el desacato. Por eso siempre estaré agradecido con las compañeras y compañeros que, alentando ese clima, me ayudaron a ser digno y hasta un poco valiente.

Una de las cosas que contribuyó a la profundización del clima de revuelta fue una torpeza de las autoridades de la facultad. Después del receso de julio, el decanato quiso imponer un cambio en los turnos de exámenes que iba en contra de la forma en la que la mayor parte del alumnado organizaba su trabajo anual: un cambio estúpido e innecesario, propio de espíritus prepotentes, que generó mucha irritación entre nosotros. Y fue esa irritación que estimuló toda una serie de reacciones que confluyeron, el 23 de agosto de ese mismo año de 1982, en la conformación y en el forzado reconocimiento, por parte del decanato, de un aguerrido cuerpo de delegados del que tengo el honor de haber sido parte. A partir de ahí comenzó un enfrentamiento entre el estudiantado y las autoridades que estuvo motivado por viejas reivindicaciones y frustraciones que habíamos masticado durante años, y que también respondía a los procedimientos, groseros y autoritarios, con los que esas autoridades intentaban frenar la contestación creciente. Me acuerdo siempre, con muchas saudades, de cuando, en protesta por algo y siempre en el inicio de la noche, sacábamos a la calle un pizarrón que estaba en el hall de la facultad y, usándolo como una suerte de barricada, cortábamos el nutrido tránsito que en ese momento siempre había por calle Entre Ríos. Me imagino lo que deben haber dicho de nosotros los pasajeros del 71 y sus choferes. Lo hicimos varias veces; nos divertía.

Es claro, entretanto, que todo eso ya no obedecía al simple y justificado encono con las obtusas autoridades de la facultad. Queríamos que todo eso también fuese parte de una lucha por acelerar el fin de la dictadura; y, correctamente, también entendíamos que nuestra contestación contribuía a crear un clima favorable al inminente retorno de la democracia. Si la columna de la facultad de Humanidades era siempre la más grande en las marchas de la FUR, eso fue porque todos veíamos el nexo que existía entre esas movilizaciones estudiantiles y los otros frentes de lucha que ya se habían abierto en todo el país. Nos movía la idea de una facultad y una universidad que fuese mejor que aquella que nos

había tocado, pero también el anhelo de un país vivible. Eso hacía una diferencia. Y fue en esa agitación que, en septiembre de 1983, llegamos a la reinstauración del centro de estudiantes, de cuya primera comisión directiva, y como militante de Franja Morada, también formé parte.

Ese fue, además, el ápice de mi intervención en política; y creo que así debe haber ocurrido con muchos de nosotros. Por un lado, estaba todo lo que el centro de estudiantes exigía de participación y de militancia; pero a esa altura también estaba lanzada la carrera electoral a nivel nacional, y yo me metí de lleno en la campaña de Alfonsín. Después de su triunfo el 30 de octubre, me costó un poco retomar el estudio y rendir las últimas materias de la carrera. En ningún examen me iban a preguntar por el *Anti-Dühring* de Engels; pero tampoco por *La sociedad abierta y sus enemigos* de Popper, que fue el libro que me llevó hasta la UCR. Me preguntaron cosas sobre Tomás de Aquino, y también algo sobre los devaneos de un célebre rector de Friburgo. Mi último examen, entretanto, fue la presentación de la tesina pertinente a Seminario II; y ella ya parecía responder a los nuevos tiempos. Se intitulaba *Elogio del Happening*.

Hoy todo eso parece muy lejos. Tanto como mi afiliación a la UCR: el viejo partido cuya lamentable deriva de las últimas décadas terminó poniéndolo del mismo lado de la mesa en que se sentaba aquel oscuro botón que no me dejó entrar a la facultad en abril de 1979. De hecho, ya se pasaron más de cuarenta años; y en esas cuatro décadas, casi medio siglo, ocurrieron muchas cosas. Algunas de las cuales parecen echar sombras de sospecha y distancias de ironía sobre aquellos entusiasmos. Es posible que, a muchos, nuestros compromisos de aquellos años les parezcan algo más obsoleto que ser hinchas del Alumni. Pero sobre eso tengo dos cosas a decir: una tiene que ver con la Argentina y la otra tiene que ver conmigo. En lo que respecta a lo que ocurrió y ocurre en Argentina, me limito a señalar que, en contra de lo que muchos agoreros cripto-fascistas nos decían en aquellos años, la democracia por la cual peleamos, mal que mal, está ahí; y los milicos no volvieron. No pocos de ellos murieron en prisión; y algunos siguen presos. Es verdad que aspirábamos a más que eso, pero lo conseguido no fue poco. Por otra parte, en lo que a mí respecta,

puedo decir con orgullo que he vivido en consonancia con los entusiasmos y los valores que florecieron en aquellos espacios de libertad que supimos crear, sostener y ampliar. No me traicioné, y con eso ya tengo bastante.

Hereñú, Adriana

Crónica de una pasión colectiva: los militantes de la FEDE en el movimiento
estudiantil: Facultad de Humanidades y Artes, UNR 1979-1986.

Adriana Hereñú. - 1a ed. - Rosario: Homo Sapiens Ediciones, 2024.
320 p.; 24 x 17 cm.

ISBN 978-987-771-257-5

1. Militancia Estudiantil Universitaria. I. Título.
CDD 320

© 2024 · **Homo Sapiens Ediciones**

Sarmiento 825 | Rosario | Santa Fe | Argentina

Tel: 54 341 4243399

editorial@homosapiens.com.ar

www.homosapiens.com.ar

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Diseño editorial: Lucas Mililli | Estudio Metonimia Diseño

ISBN 978-987-771-257-5

Este libro se terminó de imprimir en noviembre de 2024
en Talleres Gráficos Fervil | Rosario | Santa Fe | Argentina
fervilimpresos@gmail.com | Tel: 54 341 4372505